

“¡Son todos unos traidores, me engañaron que ganaríamos!” Son las 00.30 del 6 de octubre de 1988, quien así grita mientras da golpes en la mesa es el general Augusto Pinochet Ugarte¹. Ha perdido el Plebiscito confirmatorio establecido en la Constitución que le habría permitido seguir ocho años más como presidente de Chile. Esto le obliga a convocar elecciones en el periodo de un año y devolver la democracia a su país.

Comprender cómo se autodestruye un régimen autoritario que parecía tener a su población sumisa, como el de Pinochet, es más sencillo si se utiliza un modelo de elitismo neo-institucional como el de la espiral prudente², que distingue entre las preferencias políticas que un individuo sostiene en privado y aquellas que expresa en público. Más allá del miedo que causa en sus ciudadanos un estado despótico, está un factor básico como es la Opinión Pública. Es necesario que al menos el gobierno tenga un consentimiento tácito de su población, y su caída solo será posible en la medida en que la gente se atreva a revelar sus verdaderas preferencias. (Kuran 1995, ix).

*“Un régimen odiado en privado puede disfrutar de un amplio apoyo público por la resistencia de la gente a tomar el liderazgo en publicitar su oposición. El régimen puede parecer, por tanto, inamovible, incluso aunque su apoyo pueda quebrarse al menor golpe. Un golpe adecuado podría poner en marcha un bandwagon process, que exponga una panoplia de conflictos sociales, largamente escondidos hasta el momento.”*³

Será objeto de este trabajo encontrar ese golpe adecuado, entender como los chilenos que no comulgaban con el régimen se atrevieron a alzar la voz en su contra. Esto es, descubrir los elementos determinantes para que quienes se oponían a Pinochet vencieran los obstáculos para que poder expresarse abierta y sinceramente en ese plebiscito que lo desalojaba del poder. Ello requerirá un pequeño repaso histórico.

Quince años antes, el 11 de septiembre de 1973, ese hombre había liderado un golpe de estado que dio lugar a un régimen autoritario y una brutal represión (3195 muertos y desaparecidos⁴ y 27255 víctimas de torturas⁵). Después había buscado la legitimidad, entre los chilenos y para la comunidad internacional, en las tres vías de Huneus⁶:

1. Por la historia, intentando justificar el derrocamiento, y muerte, de Salvador Allende. La situación de caos a que había conducido el gobierno de izquierdas, con la inestimable ayuda de quienes buscaban su fracaso, hacía razonable un movimiento estabilizador que centrara el país. El ejercicio del poder político se estableció sobre las bases del verticalismo y la disciplina.⁷
2. Por la ley, sometiendo al nuevo gobierno a una Consulta Nacional en 1978 y dándole un armazón constitucional aprobado finalmente en 1980, con un plebiscito. Ambas consultas, bajo cualquier criterio razonable, no pueden ser considerados comicios celebrados de forma abierta y transparente.⁸ El propio régimen se marco un horizonte de temporalidad en la intervención del ejército

en la política sometiendo a un nuevo Plebiscito confirmatorio en 1988, para dar ocho años más al candidato propuesto por la junta militar.

3. Por las condiciones socioeconómicas, consiguiendo que la vida de sus conciudadanos mejorase de tal manera que no se preocupasen demasiado por el sistema político. A tal efecto se pasó de la implantación del socialismo que pretendía Allende a una aplicación rigorista de los principios de la escuela de Chicago, libre mercado a ultranza.⁹

Después de los periodos más brutales de la represión, en los últimos meses de 1973 y 1974 (Comisión Valech), donde se silencia toda disidencia por cualquier medio y se vacían de contenido las instituciones, Chile entra en una etapa de consolidación donde la dictadura intenta legitimarse, como veíamos antes, a la vez que trata de atraerse el apoyo de cada vez más chilenos. Razonablemente piensa que cuantos más apoyos logre menos deberá temer otro golpe de estado o una revolución que desaloje del poder a quienes, como ellos, llegaron a él por la fuerza.

Así consigue estabilidad institucional y una cierta tranquilidad social, que posibilita el desarrollo económico creciendo a tasas cercanas al 6% anual en el periodo 1976-1981¹⁰. Esto hace que muchos sectores sociales, además de los francamente partidarios al gobierno, encuentren que los costes de la disidencia son demasiado grandes. Con un país mejorando, salvo en la democratización, es mucho más difícil protestar porque los beneficios (las posibles mejoras democráticas) son cuando menos inciertos y las pérdidas (represión, costes económicos y sociales, etc.) son evidentes. El dicho de “*Mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer*”, cobra aquí plena vigencia y permite que la gente se amolde a la situación aunque prefiriesen otra si se les permitiese.

En esas circunstancias la Opinión Pública parece ser prácticamente unánime, el único discurso que distribuyen los medios es el que tiene su origen en la Junta Militar que gobierna el país a su antojo: ahí se construye una imagen de país acosado por enemigos interiores (opositores = comunistas = terroristas) y exteriores (el Comunismo Internacional, las injerencias en la soberanía nacional de organismos internacionales). La población, enfrentada a la brutalidad de la represión y a las tensas situaciones a que daba lugar cualquier atisbo de desafección al régimen, se mantenía callada cuando podía y, cuando el silencio la comprometía, se afirmaba partidaria del orden que había traído la dictadura militar y celebraba sus logros.

Este tiempo se termina en 1981, la crisis económica alcanza al país andino y durante un periodo de unos tres años se ceba en él (Micco y Saffirio, Garretón). Aumenta el desempleo, cierran empresas, se devalúa la moneda, crecen la deuda pública y el descontento. Hasta entonces los contestatarios lo eran por cuestiones ideológicas, solo tenían que ver con el campo de las ideas y la libertad, pero la crisis añade motivos para protestar: hay gente que pierde dinero y otros ven en peligro incluso su subsistencia. Aumentando de tal modo los incentivos para mostrar el descontento, las

manifestaciones se vuelven mucho más numerosas. No son solo los comunistas o cualquier otro tipo de extremistas los que se echan a la calle pidiendo cambios, la gente normal que había parecido apoyar al régimen, o que lo había hecho de manera tácita, también participa de las movilizaciones ciudadanas.

El gobierno intenta solucionar las cosas con las recetas autoritarias: represión y censura (Arrate, p.4). Se declara varias veces el estado de excepción y las tropas del ejército refuerzan, en sus tareas de orden público, el control de los carabineros y la policía. Los medios de comunicación, bajo control gobierno (por propiedad, censura o porque sus dueños se ponían al servicio del régimen), se esfuerzan en dos cosas: minimizar la dimensión real de los que protestan y tildarlos de terroristas ligados al brazo armado de los comunistas, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), del que periódicos y televisiones solían obviar la “P”. La descarada instrumentalización, omisión, editorialización y desinformación¹¹ pretendía vaciar de contenido al movimiento contestatario, negándolo o asociándolo al caos que la gente recordaba de los últimos meses del acosado gobierno de Allende.

Pese a los límites de las protestas, su impacto fue sustancial. Ampliaron el campo de la acción colectiva en un entorno altamente represivo, con la tensión entre disidencia y conformidad como telón de fondo. Como resultado de las movilizaciones la gente se había vuelto menos temerosa de los militares, y la relación entre la sociedad civil y el estado cambió. La gente se volvió menos temerosa de expresar sus opiniones en público, se acabaron consiguiendo nuevos medios en los que se permitía una cierta libertad de prensa, porque el gobierno consideraba que solo estaban dirigidos a entretener a las élites intelectuales, insignificantes en cuanto a poder real.

Es más, las manifestaciones obligaron a los militares a hacer algunas concesiones económicas, sobre todo a las clases medias con el objetivo de su cooptación. Las presiones de la sociedad civil también forzaron al gobierno a modificar ciertas prácticas laborales y aspectos de su modelo económico liberal. Las protestas resultaron incluso en una serie de cambios políticos que acabaron facilitando la derrota de Pinochet en el Plebiscito: la Ley Orgánica sobre el Sistema de Inscripción Electoral (1986), la Ley del Servicio Electoral Nacional (1986), la Ley Orgánica Constitucional Referente a los Partidos Políticos (1987) y la Ley Orgánica Constitucional sobre Votación y Escrutinios (1988).¹²

Esto, junto con la respuesta del régimen al intento de asesinato del dictador en 1986, y los ejemplos de transiciones como la española, la uruguaya o la brasileña, llevaron a los opositores a entender que las únicas posibilidades de vencer serían aquellas que pudiesen lograr a través del proceso político, un marco inevitablemente determinado por un gobierno con la intención de perpetuarse en el poder.¹³ En 1988, desde el punto de vista del gobierno, Pinochet tenía casi todo a su favor para su victoria en el plebiscito: se había superado la crisis económica, desde 1984 tenía un sólido crecimiento (5%) y la inflación rondaba el 0%. Otros indicadores también auguraban un buen resultado: como

los tempranos sondeos que aseguraban que una mayoría de chilenos apoyaba al gobierno, o la proverbial fragmentación de sus adversarios con sus luchas intestinas.¹⁴

¿Qué es lo que hizo que el resultado no fuese previsto por el gobierno? Pues que la gente había vivido en una espiral, que luego intentaremos calificar de silenciosa o prudente, y el gobierno dictatorial se había perdido en una de las vueltas.

En sociedades cerradas con las libertades de expresión y acción limitadas, los mismos autócratas están entre aquellos aislados de las señales fiables de cambio en las creencias y preferencias públicas. Se rodean a sí mismos con un entorno que no tiene incentivos para revelar sus verdaderas opiniones individuales y tampoco medios para informar de la verdadera opinión del público (sobre la cual, inevitablemente, está fundada la supervivencia de su gobierno)¹⁵. Pinochet y sus consejeros no contemplaron los incentivos que los ciudadanos habían tenido para falsificar sus preferencias cuando eran preguntados por su apoyo al dictador y su intención de votar “Si”. Cegados con la cobertura que de la oposición se daba desde la prensa aún sobreestimaron sus propias fuerzas y subestimaron las de quienes se le oponían. (Stein, p.3)

Cuando no se tenían encuestas, no se conocían las más elementales cuestiones de la opinión pública, por ejemplo, si la población entregaba realmente sus opiniones o las escondía.¹⁶ Desde muy temprano se pudo comprobar que la oposición contaba con un amplio respaldo (la cantidad de firmas que se aportaron para la legalización de los distintos partidos, la proliferación de diarios levemente críticos con la dictadura, etc.), mientras que los partidarios del General Pinochet se inhibían de hacerlo (llegando incluso a avergonzarse de lo que pretendían votar y fingiéndose partidarios del “No”. Con ello se demostraba que estaban entrando en una espiral donde la Opinión Pública estaba siendo determinada por una lucha entre la inercia y la voluntad de cambio social, forzando a los ciudadanos a falsear sus preferencias.

Shirley Christian, la ganadora del Pulitzer enviada por el *New York Times* a cubrir el asunto hablaba de “multitud de grupos de investigación, consultores y demás están encuestando a los chilenos” y preveía un resultado ajustado para la consulta aunque, a seis meses vista, parecía contar con una ligera ventaja el bando pinochetista.¹⁷ Sin embargo en ese semestre se precipitó todo, puesto que la búsqueda de legitimidad de los resultados (ofreciendo al menos una apariencia de igualdad en cuanto a las condiciones en las que podía desarrollarse la campaña de los dos bandos) y la intención de poner en dificultades a los partidos políticos (apurando los plazos para complicar la formación de entidades opositoras), había condensado en muy pocas fechas una gran cantidad de estímulos a la disidencia.

Las concesiones de la dictadura acabaron por vencer las trabas que muchos encontraban para hablar, se alcanzó el “umbral revolucionario” (Kuran, 1989, p. 47) en el que el número de personas que se oponían al régimen llegaba a ser suficiente para que los demás se uniesen en ese empeño. Se hizo evidente que quienes discrepaban del régimen

no estaban solos y, más aun, que la disidencia no era castigada. Así se removieron muchos de los costes de revelar las verdaderas opiniones, se animó a muchos ciudadanos a participar también en el plebiscito¹⁸, precipitando de esta manera el cambio en la Opinión Pública que representaban los resultados. (Stein, p. 14)

Ya solo queda la tarea de buscar apellido para la espiral en la que se vieron envueltos los chilenos. Tengo para mí que en este caso Kuran lleva las de ganar, de todo lo que he leído del tema me ha quedado la impresión de que en este caso no bastó simplemente con el silencio ante la dictadura, puesto que esta reclamaba una adhesión firme y positiva mientras el régimen se desempeñó con más dureza. Si bien en algunos casos fue suficiente el callarse en la mayoría de los casos la gente tuvo que adaptarse y presentar una cara que en realidad no era la suya. El aperturismo gradual permitió que el silencio y los asomos de disidencia se convirtieran en una franca oposición, que las concesiones legalistas del gobierno hicieron irreprimible. Así, lo que en un primer momento hacia que los ciudadanos aparentasen ser un solo hombre detrás del liderazgo providencial del caudillo, se convirtiesen en un pueblo ávido de reformas, deseoso de abandonar al protector de su democracia para hacer de ella algo real.

Una última cuestión que me gustaría dejar como reflexión final después de haber disfrutado mucho leyendo las obras que me han permitido hacer este trabajo. He terminado con la convicción, puede que un poco simplificada, de que lo que separa a Kuran de Noelle-Neumann es fundamentalmente su formación: que su vida ha influenciado en gran medida sus percepciones y su producción científica. Quien ha vivido en un entorno rígido como la alemana con sus antecedentes nazis, quien se interesa por la filosofía y la historia tiende a entender la vida como una sucesión de sistemas poco o nada flexibles. Por el contrario una persona nacida en un lugar como Nueva York, que pasa gran parte de su juventud en Turquía y se doctora en económicas tiene una perspectiva diferente más cercana a lo real, entendiendo que casi todo son cuestiones sujetas a equilibrios variables.

Nota aclaratoria.

Siempre tuve claro que quería hacer este trabajo sobre el modelo de Kuran y tenía dos cosas en mente: la polémica entre Castellio y Calvino a cuenta de la quema de Miguel

Servet en 1553 (por el maravilloso libro de Stefan Zweig), o la derrota de Pinochet en el Plebiscito de 1988 (por el curioso titular del *Fortín Mapocho*, que descubrí hace tiempo y siempre me ha parecido muy curioso). Me he decidido por Chile debido a que la Dra. Elizabeth A. Stein, profesora asistente de la Universidad de Nueva Orleans, tuvo la bondad de enviarme por correo electrónico, tras mi petición, su presentación en la reunión anual de la APSA (“*Media Coverage and Opinion Polls: Preference Falsification and the Spiral of Silence Miscalculating Support for the “No” Vote in the Chilean Plebiscite*” en septiembre pasado, que aun no está publicado y me ha ayudado mucho en la realización de este trabajo.

Notas.

1. Titular de portada del *Fortín Mapocho Diario*, 11/10/1988
2. Jorge ESCALANTE, “*La historia del día P*”. La Nación. 08/12/2007
3. Timur KURAN, “*Private Truth, Public Lies: the social consequences of preference falsification*”, 1995. Harvard University Press
4. Timur KURAN, “*Sparks and a prairie fires: A theory of unanticipated political revolution.*”1989. Public Choice, 61. p. 42. Kluwer Academic Publishers
5. Estadísticas de víctimas del Ministerio del Interior. <http://www.ddhh.gov.cl/estadisticas.html>
6. Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura. “*Informe*” 2004. <http://www.comisionvalech.gov.cl/>
7. Carlos HUNEEUS, “*La política de la apertura y sus implicancias para la inauguración de la democracia en Chile*”. 1985. Revista de Ciencia Política. Vol. VII, nº 1, pp. 25-84.
8. Jorge ARRATE, “*La evolución política de Chile (1988-2003)*” 2004. Working Paper nº 10. Center for Latin American Studies. University of California, Berkeley, p. 16.
9. Patricio NAVIA, “*Participación electoral en Chile 1988-2001*”. 2004. Revista de Ciencia Política, Vol. XXIV, nº 1 pp.81-103
10. Sergio MICCO AGUAYO y Eduardo SAFFIRIO SUÁREZ, “*¿Abandonar el presidencialismo? Presidencia, quiebra y redemocratización en Chile.*” 2000. Ediciones del Segundo Centenario.
11. Manuel Antonio GARRETÓN, “*Popular mobilization and the military regime in Chile: The complexities of the invisible transition.*” 1989. In “*Power and Popular Protest: Latin American Social Movements*”, Susan ECKSTEIN, University of California Press.
12. Alfredo JOCELYN-HOLT LETELIER, “*Televisión y poder político en Chile*”. 2007. En “*La función política de la televisión. Tendencias, contenidos y desafíos en el Chile de hoy*”. Secretaría de Comunicaciones.
13. Larry GARBER, “*La transición chilena hacia la democracia. El plebiscito presidencial de 1988*”, 1989. Informe de la Delegación Internacional. Instituto Nacional Demócrata para Asuntos Internacionales.

14. Manuel Antonio GARRETÓN. “*The Political Opposition and the Party System under the Military Regime.*” 1995. In *The Struggle for Democracy in Chile: Revised Edition*, eds. Drake, Paul W. and Iván Jaksic. University of Nebraska Press
15. Elizabeth A. STEIN. “*Media Coverage and Opinion Polls: Preference Falsification and the Spiral of Silence Miscalculating Support for the “No” Vote in the Chilean Plebiscite*” 2009. Presented at the 2009 American Political Science Association Annual Meeting. P. 11.
16. Michael WOHLGEMUTH, “*Democracy and opinion falsification: Towards a new Austrian political economy.*” 2002 Constitutional Political Economy, 13 p. 238. Kluwer Academic Publishers.
17. Carlos HUNEEUS, “*Las encuestas de opinión pública en las nuevas democracias de América Latina. Algunas observaciones.*” 1999, Contribuciones, 2. p.19. Universidad de Santiago de Chile.
18. Shirley CHRISTIAN, “*Early Polls Suggest a Close Contest in Chile vote on Pinochet*” New York Times, 27/03/1988.
19. Shirley CHRISTIAN, “*Plebiscite in Chile: Opposition Cautiously Hopeful*” New York Times, 02/09/1988.